

HÉCTOR FUENZALIDA

JOAQUÍN EDWARDS BELLO,
REFLEXIONES EN SUS
OCHENTA AÑOS

NOVELISTA

EN ALGUNA parte leí hace poco la observación de Edgard Morin, que cualquier redactor de *Paris Match* escribe mejor que Paul Bourget. ¡Qué verdad y qué sarcasmo hay en estas palabras! *Paris Match* mantiene en su cuerpo de redactores, sus reporters-ecrivains, escritores verdaderos del encanto de Jean Maquet, Guillaume Hanoteau, Marc Heimer, Georges Menant, Olivier Merlin, Georges Reyer, etc.

Todo esto viene a mi mente al repasar, en una nueva lectura, la obra de Joaquín Edwards Bello y especialmente la que, sobre este acontecimiento, llena unas buenas páginas de nuestra historia, la Guerra con España, y el dramático episodio del bombardeo de Valparaíso, cuyo centenario se cumplió el 31 de marzo de 1966.

Han pasado 38 años desde que el autor publicara esa serie de crónicas acerca del episodio en *La Nación* de Santiago, y 32, desde que la Editorial Ercilla las reuniera como primer volumen de sus Obras Completas. En aquellos años, espíritus escépticos, criticábamos esta iniciativa de Laureano Rodrigo, el viejo editor, de hacer tomos y tomos de obras completas. A los autores, aunque ya maduros, los juzgábamos aún bizoños para las recopilaciones. Joaquín cumplía los 47 y d'Halmar, 54. Y estaban en plena producción. Era como meterlos bajo un cenotafio. Pero la moda de la *opera omnia* había venido de España. Y era una consagración.

No poco se ha escrito sobre *El Bombardeo de Valparaíso y su época*. Al filo del centenario de la insana aventura española —que Joaquín califica como un gesto de la angustia que vivía España después de la derrota, aliada a la culpa fanfarrona de los espadones que pululaban en la corte de Isabel II— se reeditó este libro, con tan buen juicio como oportunidad. Mucho también se ha escrito acerca del autor en estos cuarenta años y parece que el tiempo no envejece, en grado alguno, el rostro de su obra sobre el cual no se dibuja ni una arruga, manteniéndose joven entre los jóvenes.

Es el milagro de la calidad. En su hermético retiro de la calle Santo Domingo, nada parece alterar la vida de este escritor que vibró, como pocos, al compás de los días y sus noticias, en sus alegres "Jueves de Joaquín Ed-

wards Bello" y que un público —el país entero— esperaba con avidez devoradora. No sé decir cuáles de estas crónicas llenaron más mi gusto. Tal vez fueron esas que agrupó bajo el título de *Don Juan Lusitano*, plenas de evocaciones lisboetas y queirocianas, en las que dejando correr la pluma y los recuerdos, purificó su estilo dándole un sonido que a veces llegaba al grado de evocación y belleza de las *Cartas de Inglaterra* o el *Epistolario* de Fradique. Sin dejar la frescura, el movimiento, el color, tan particular de su manera. Sin dejar de ser Edwards Bello.

Hace, creo, unos diez años, cuando yo publicaba en los Anales de la Universidad un tipo de crítica literaria, dándole el carácter de una crónica sobre el escritor más que un juicio sobre la obra, insistí en algo acerca de lo cual quiero volver ahora.

Había leído juicios muy certeros sobre él; pero aunque certeros, me parecían incompletos. No me satisfacían. No eran injustos: les faltaba cierta expresión categórica que el análisis de la obra de Joaquín o, mejor dicho, el enfoque general de ella, reclamaban. Mucho aprecié entonces los muy exactos de *Alone* y de Manuel Vega, especialmente de este último, a propósito de su novela *Criollos en París*. Pero estos juicios también escondían una reserva sobre sus condiciones de novelista, hija de la concepción de lo que el género novela es o debe ser estrictamente. En la base de la definición estaba yo completamente de acuerdo. En lo que no estaba era en la rigidez excluyente de lo definido que no hacía posible el encuadre de sus novelas.

Luis Alberto Sánchez ha dicho muy bien que los géneros literarios no son como las especies entomológicas; que aquéllas viven en constante agitación y extravasamiento. Ajustándose a las definiciones, se llegaba al absurdo de que Edwards Bello no era un novelista. Era un cronista. Pero Manuel Vega avanzaba en su gacetilla sobre los "Criollos": "¡Qué importa, si es un libro bello, vigoroso, lleno de color y de luz, exuberante de movimiento y de vida! —decía—. El ir y venir de numerosísimos personajes, la sucesión de multitud de escenas, esc inagotable imaginar de hechos y almas que pasan y pasan, sólo es comparable a la fuerza tumultuosa, centelleante de Pío Baroja en *El Gran torbellino del mundo*"... En consecuencia ¿por qué los "Criollos" no podían ser una buena novela? Afirmé entonces lo contrario y señalé que con Joaquín estábamos frente a un gran novelista extraviado en la diaria tarea del periodismo.

Los años me han ido dando la razón. Ya no pueden aplicarse definiciones categóricas sobre la novela, aquí o allá, mientras se configura su camino verdadero enriqueciéndose con la vida misma y dejando, poco a poco —si no de golpe—, los tafetanes victorianos, dentro de la gran aventura literaria. Ajustarla a la preceptiva, es detener su evolución y adaptación a los tiempos; tal vez, hacerla insoportablemente virtuosa, gran dama, machacona, vieja, fastidiosamente moralizante, exaltando si no castigando héroes y epopeyas. De todo esto puede haber —y lo hay en la novela actual—, pero su bondad sólo aparece cuando los sucesos que narra o que refleja llevan el revestimiento o el propósito esencial de mostrar la vida tal cual es. Y se ha llegado

a confundir los términos. Se dirá que tal libro es más o menos novelesco, por decir que es bueno o falso. El público, el lector contemporáneo, reclama ya otras cosas. Novela, por definición, ha ido haciéndose sinónimo de pura imaginiería o falsedad, si carece de la leche nutricia de lo real y verosímil. Y el género, la gran novela, precisamente, encuentra su baluarte, su nueva expresión, en su renovación, en su desnovelar.

Pero tratemos de acortar los pasos porque vamos a caer en un abismo que desviaría la cuestión lamentablemente. Los *Amadis de Gaula* están presentes más que nunca en la novelería industrial contemporánea de la ciencia-ficción con los *supermen* que conquistan el espacio, vestidos como el *Caballero Cifar*, aunque no armados de lanzas, sino de baterías, acumuladores y *propellers*.

Mientras tanto Gagarin debe estar pensando que ha de llegarle el día de su jubilación como funcionario del estado soviético y poder, entonces, tranquilamente, ir a ver un río, una montaña en su perspectiva real, y tal vez pensar en la muerte natural ineludible. El hombre será siempre el mismo.

EL BOMBARDEO DE VALPARAÍSO

Quien relea este *Bombardeo* no irá ciertamente a buscar una verdad histórica que a la postre no será sino una nueva interpretación de los hechos, porque Joaquín, precisamente, no insistirá en la búsqueda de las fuentes. Sólo recurrirá a los textos menos citados por los historiadores oficiales para componer su relato. No mencionará a Barros Arana ni a Encina, v. gr. Las fuentes serán obras menores de Amunátegui y Vicuña Mackenna, de don Roberto Hernández, de don Ramón Subercaseaux; las de los españoles Pedro Novo y Colson y Luis Morote para hallar la razón de la sinrazón de aquella extraña aventura de la flota española en las libres aguas americanas, y recurrirá, fundamentalmente, a las tradiciones orales del viejo Valparaíso, para componer el ambiente.

Porteño de corazón, de nacimiento, de abolengo, de formación, Edwards Bello, amante de los recuerdos de su ciudad natal y específicamente novelista de Valparaíso, hace esta crónica como una novela, como un relato que nutren las consejas recogidas por él mismo, nacido a escasos 21 años del suceso.

El enfoque es, pues, enteramente original. Va encadenando como en una novela los episodios de esta increíble aventura española. En dos ágiles capítulos, pinta la corte de Isabel II y las figuras de los espadones, para entrar de lleno a contar la peripecia atlántica y la del Pacífico de la atolondrada expedición punitiva al Perú. Cada vez, a medida que se avanza en el relato, se va dibujando el desánimo de los mismos que habían impulsado la aventura como actores o como autores; el disparate histórico, en otros términos, frente al cual estos argonautas tras el vellocino, ya no podían retroceder. Es el principal drama de los cuatro trágicos años que duró desde la salida de España hasta el final del Callao y el regreso de la derrota. España iba de colapso en colapso. Faltaban sólo 32 años para el naufragio total del imperio en Cuba y las Filipinas.

¡Y qué balance trágico ahora! El suicidio del terrible Pareja al conocer la toma de la Covadonga en las aguas de Papudo. Pareja que prefiere —y así lo dispone antes de trizar sus sienes— que se hunda su cadáver en las aguas del Pacífico para no entregar sus despojos a la tierra enemiga o el regreso embalsamado a España. Qué español todo esto ¿verdad?, podría decir Baroja.

Desde entonces la orgullosa flota entre cuyas unidades va equipado el barco más terrible de guerra de la época, la *Numancia*, por el dramático sentido de las cosas, revierte enteramente su destino. De bloqueadores, se transforman en prisioneros de las aguas y la soledad, sin hallar un lugar amigo donde abastecerse de víveres frescos, expuestos al aislamiento y al enemigo de la hazaña de Magallanes y Sebastián Elcano: el escorbuto.

La escuadra que bombardeó Valparaíso el 31 de marzo de 1866, lo hace por un acto de desesperación en nombre de la Reina —inútil matonaje— y es esa misma desesperación la que provoca, un mes después, el bombardeo de los fuertes de El Callao. El balance militar de la contienda, es favorable a los españoles. Estratégicamente resulta la más completa de las derrotas, porque la escuadra de Méndez Núñez, ahora más que nunca, está necesitada de víveres que no puede obtener en el litoral. Toda la costa del Pacífico es ya enemiga. No queda sino el regreso vergonzoso “a trueque de vivir”. Unos siguen la ruta polinésica, en este trágico retorno, para reaprovisionarse en Tahití. Méndez Núñez franquea el Cabo para recalar en el Brasil.

Estos son los sucesos estrictamente históricos narrados en el libro. Es la historia contada por un gran narrador. Por un buen novelista que se revela en el gran vigor del relato, la pintura de los caracteres, los episodios que se eslabonan, en los que se mezclan, al suceso guerrero, el dislocamiento de las vidas, como el suicidio del jefe de la escuadra y el romántico que protagoniza el guardiamarina Navarro de la *Resolución*. Navarro es llevado a un consejo de guerra por condenar el bombardeo. Es un episodio conmovedor. Una granada había incendiado la casa en que vivía la novia chilena dejada en el puerto. Una granada que Navarro no quiso disparar desobedeciendo las órdenes de Benjumea, su superior, convierte la casa en una pira. Benjumea es rival de amores del guardiamarina. No puede perdonar la afrenta de no ser el primero en la jerarquía del corazón. La dama se llamaba María Lamarca, acaso emparentada a la familia Bello. El episodio es una suma de lo que la historia registra, pero, sin duda, nace de la frescura de los recuerdos familiares recogidos por el autor.

Es éste, a nuestro juicio, el más alto mérito de la obra. Por eso su valor es perdurable y el relato se hace novela. Lo demás es el encanto del estilo claro y vertiginoso de Edwards Bello que arrastra al lector en forma irresistible. Sólo hay que lamentar la llegada a la última página, el suspenso incluíble del final, sobre el que el autor coloca una lápida: “La Guerra del Pacífico fue la última española naval, triste aventura de la madre España. La primera fue el descubrimiento de América”.

ESCRITOR CHILENO

En una de esas crónicas reunidas por Alfonso Calderón bajo el título de *Memorias de un cuarto de siglo*, Edwards Bello confiesa:

—Me han dicho, en tono de reproche, que escribo de recuerdos, algo afrancesado y farsante. Tal vez sí. Pero, si la actualidad ha de consistir en conectar nuestros pensamientos con el chisme de la calle Huérfanos y con el político callampa, me declaro incapaz de ser local y actual (1954).

La declaración está hecha en su tradicional manera directa, sentenciosa y afirmativa que muchas veces lleva a Edwards Bello a caer en contradicciones. Y lo que es peor, en malas interpretaciones. Hay que estar alerta. Resulta necio e inútil el recuento o el cotejo de sus afirmaciones. Lo sabemos: lo que él reprocha siempre son los vicios del medio indoamericano: la pacatería, la majadería, la pequeñez, la maledicencia, la falta de altura y de nobleza. Con esto tiene cuentas que saldar aquí y en todo el mundo.

Joaquín es siempre un escritor chileno y actual. Su chilenidad se acusa desde sus libros de juventud: *El inútil*, *El monstruo*, encierran una aguda crítica social de su misma clase. *La cuna de Esmeraldo*, primer boceto de *El roto*, fue publicado en París en 1918, a los 31 años, dos antes de la edición chilena. Es un crudo retrato del arrabal, una acusación del abandono en que vivía Esmeraldo como genotipo social.

El inútil fue publicado en 1910, a los 23 años. Esta obra adolescente, olvidada, registró, sin embargo, en su época, el mayor suceso literario conocido. Su enorme éxito lo explica la naturalidad del relato y la atrevida descripción del medio. Su chilenidad es visible aun en *Un chileno en Madrid*, en *Criollos en París*, por no hablar de *Valparaíso, la ciudad del viento*, *En el viejo Almendral* y de la discutida *Chica del Crillón*. Si los escenarios a veces no son chilenos, los personajes nacionales están siempre presentes. Y está presente Joaquín con su escalpelo y la magia de su imaginaria. Mucho más culpables de internacionales que nuestro escritor, fueron otros americanos como Juan José de Soiza Reilly o Enrique Gómez Carrillo que nada, o casi nada, dejó —este último— de su patria en sus libros.

Lo que sí es claro ver en él, es que nunca, o casi nunca, contamina sus escritos con la candente polémica del momento. Ni político de capilla, si sociólogo a la violeta, no desnuda rencores. Ni siquiera usa el ditirambo o el contrataque en su defensa. Su actualidad es otra. Siempre tejerá los temas de sus escritos sobre algo que incide en un punto presente.

Por eso sus crónicas han sido alivio de caminantes y sus *Jueves de La Nación* fueron, por años, el oasis de lectores y el comentario obligado de las tertulias literarias y caseras. Si continuaran regularmente esos *Jueves* inolvidables, de seguro que en ellos no hubiera tratado la reforma agraria o el problema del cobre. Los hubiera tocado, quizás, suavemente, en un recuerdo, con el agudo perfil de su sonrisa, para evocar vívidamente, una figura del pasado, rescatándola del formidable archivo que amenaza como una ola, la tranquilidad de su retiro y su soledad.

DEFINICIÓN

Copio el juicio de Alone reproducido por Silva Castro en su *Panorama literario de Chile*. No hay nada mejor. Veamos:

—Joaquín Edwards comunica interés; su prosa vitaliza los asuntos más insignificantes; detalles que miramos fríamente y fuera del conjunto parecerían desprovistos de toda importancia e indignos de consignarse, tomados por la corriente que atraviesa el estilo, vibran y hacen vibrar, nos ponen alegres y nos levantan el ánimo. Hay una especie de fruición secreta, un goce de la vida misma, sin pensamientos, como esas oleadas de sangre que recorren las venas en un día claro, cuando sin motivo alguno, pensamos toda clase de cosas risueñas y felices, y nos parece que la existencia se presenta bien. Es una vida, al mismo tiempo, animal y espiritual, hecha de instintos profundos, o de impulsos oscuros, de estremecimientos impalpables y sobrecogedores. La razón protesta, el gusto arruga el ceño, el sentido común se sobresalta. No importa; al través de las palabras bajas, de las sentencias arbitrarias, de los absurdos evidentes, leemos y seguimos leyendo, encadenados por las madejas de frases y figuras, poseídos por la diabólica electricidad que se siente al contacto. Hay escritores que componen mejor sus intrigas y saben llevar la atención hacia un densenlace previsto o imprevisto; los hay más originales en su manera de mirar el mundo, infinitamente superiores en la evocación de las imágenes; en el arte musical de los períodos, en el ritmo y en la nobleza del vocabulario. Ninguno aventaja a Joaquín Edwards Bello en la sensación de soberana facilidad, en el brotar abundante de la narración, coloreada, irresistible.

Lo anterior fue escrito a propósito de la publicación de *La Chica del Crillón*.

REFLEXIONES SOBRE EL ESTILO

¡Qué alegre era aquella tertulia vespertina de *La Nación* en el tiempo que dirigía el diario Domingo Melfi! Aquél fue un año lleno de definiciones y peligros. Se iba a romper con el Eje. En nuestro grupo nunca faltaron el gran Fernando García Oldini, redactor del diario, que era la voz oficial de la Cancillería; Mariano Latorre, Luis Durand, Gabriel Amunátegui, Guillermo Feliú Cruz, Domingo Arturo Garfias, los tres últimos, de la casa. Melfi corregía y escribía editoriales en medio del barullo de la polémica oral. Tarde la noche aparecía Joaquín Edwards acompañado de ese prodigio de la cordialidad y la alegría: Ezequiel de la Barra...

Una noche la polémica subió de tono y creí, de pronto, que iba a estallar una tormenta. Para amainar, en un silencio, pregunté a Joaquín:

—Joaquín, en tus crónicas hay frecuentes alusiones a Jorge Cuevas y a Boni de Castellane...

No terminé la frase. Joaquín se levantó, como movido por un resorte, y me dijo:

—Espera un momento. Tengo una ensalada completa de todo eso...

Y salió como disparado de la oficina para volver, minutos después, con unos enormes sobres llenos de recortes, manuscritos y cartas originales del célebre Marqués de Cuevas. Cuevas escribía con una letra alta, clara de elegante y afectado dibujo. Las cartas, la mayoría, estaban fechadas en algún castillo de Inglaterra en el cual se hospedaba durante la *season*, formando parte del séquito de la Infanta Eulalia. Algunos manuscritos eran del propio Joaquín, con su característica letra gruesa redonda, muy teñida, letra formada para la claridad que exige el oficio. Joaquín escribe de su propio puño sus crónicas en larguísimas y enormes cuartillas. Muy pocas correcciones, para que le entiendan bien. Vive en guerra con los linógrafos y sufre con las erratas.

Mirando sus originales muchas veces pensé en la condición de los estilos, y me detuve en un análisis crítico de su manera. Escribir bien es gracia de muy pocos. Se puede escribir correctamente. Se puede aprender a escribir así. Y no ser un escritor. Se puede escribir mal y se puede ser un gran escritor (Balzac). Todo está en lo que se cuenta, en lo que se dice, en lo que el lector ve. Es tan difícil escribir como saber leer. Para ambas cosas se requiere de un talento especial. Hay gentes que leen discursivamente, que lo entienden todo, pero que no ven nada. La mayor prueba es la del lector de novelas. El que hace novelas las hace para que se vean cosas, personajes, ambientes, movimiento. Es una magia que sólo ciertos estilos comunican, la magia de la lamparita de tungsteno que recibe los rayos de luz de las bandas del sonido y la transforma en voces, acentos, ruidos: transforma la luz en sonido. Lo que escribe un gran escritor reúne también esta virtud electrónica, máxime si es un novelista; qué lo que dice, lo que de él se lea, se transforme en la conciencia, en cosas, voces, rostros, ademanes, acción, situaciones. Es evidente que esta comunicación se produce cuando hay una buena emisora y hay un buen receptor. Puede ser un lector cualquiera. Pero quien es capaz de producir los elementos que han de crear en su mente tal fenómeno mágico, ése, no es un cualquiera. Es un escritor. Siempre admiré en los narradores como Chejov, su talento para crear ambientes y personajes, para dar la sensación de tiempo, de espacio, en cortas páginas; a veces, en una frase. Es un milagro que es imposible definir, analizar, explicar. Recuerdo haber leído una, diez veces, esa maravillosa novelita que Natalia Tasin tradujo con nombre de *Ionich*. Es la vida en una aldea rusa, la vida de un médico que se enamora de una muchacha un poco cursi que toca el piano en una forma terrible, que se cree una gran artista. Tiene una madre que hace novelas espantosas y las lee ante los asistentes. En la casa se hacen veladas intelectuales en donde se repiten sucesos análogos durante años. La muchacha se burla del médico. Va a Moscú para perfeccionarse como pianista. El médico queda desconsolado y se entrega a su trabajo brutalmente para olvidar, hasta que lo logra. Engruesa, se enriquece, se hace burgués. La muchacha, Ekaterina, vuelve después de haber fracasado en sus estudios pianísticos. Cree que puede reconquistar el corazón de su ex enamorado; pero fracasa. La tertulia de su casa sigue desarrollándose, pero el médico ya la ha olvidado y se aburre. Y termina por no ir más.

La novelita es sencillísima, sin artificiosidad alguna, corta, simple. No son más de cuarenta páginas. Sin embargo, todo parece tan real, y, a pesar de su brevedad, se siente en ella el curso del tiempo, su acción inexorable, el tedio de los años, de las costumbres, de la vida insignificante, de la muerte que se acerca. Toda una vida.

Hay crónicas de Joaquín que son verdaderos cuentos como esa que se titula "Memorias de escritores", para explicar por qué él no escribe "memorias". Es dialogada y contiene dos narraciones de sucesos casi inverosímiles que le ocurren a dos amigos. Ambos cuentan un suceso culminante de su vida y, en ocho páginas, pasan cosas sorprendentes y terribles. La sencillez y nerviosidad del relato, uno de ellos muy dramático, con cierto sesgo policial, constituyen, a mi juicio, una narración digna de un foguero cuentista, de un Maupassant. No hay una palabra de más. Todo es perfecto.

Tal vez me estoy extendiendo demasiado. He tratado de explicar sin razones, con mi experiencia personal, cómo yo, lector, he recibido el encanto de Edwards Bello, su garra, su ángel, trayendo ejemplos de otros grandes escritores. Y basta.

No sé decir si en el tiempo en que se desarrollaban estas tertulias de *La Nación* Joaquín mantenía su archivo en la oficinita del diario. Pero es evidente que esa noche de ella extrajo aquellos sobres con referencias sobre Boni de Castellane y Jorge Cuevas. Hoy inundan piezas y pasillos de su casa en la calle Santo Domingo, rigurosamente alfabetizados.

Aquella noche de *La Nación* Joaquín demostró estar en vena y aparte de hablar de ellos, nos recordó miles de cosas de su vida en París que no estaban en ninguno de sus sobres ni sus escritos, material riquísimo que venía a su memoria, con gran facilidad. Hasta nos cantó viejos cuplés de Mayol, el cómico y chansonnier que se peinaba con un enorme *toupet*, tan popular en París en los años de su juventud.

No es, pues, como mucho se ha hablado, sólo de ese archivo de donde Joaquín extrae el inagotable material ilustrativo de sus crónicas. Su mente está siempre alerta para recordar sucesos, frases, citas, nombres, voces, modismos y componer el ambiente de sus crónicas y novelas. En el archivo confronta y rectifica con gran conciencia lo que siempre está bullendo en su mente, listo para dar la fiesta.

ANTOLOGÍA

Hemos escrito demasiado. Creo que ha llegado la hora de hacer hablar al propio escritor. Escuchemos algo de la voz de sus confesiones, su enorme y varia experiencia. Sólo trataré de organizar el tránsito de una corta muestra de este riquísimo material, agregando señalizaciones. He buscado la autocrítica y la autobiografía.

EL ARCHIVO

La posesión de un archivo engendra el peligro de convertir nuestras crónicas en catálogos. Nos domina la idea de agotar temas y de inundarlos con

citas. Otro peligro es del tiempo que nos quita. La casa se hace pequeña para contener tanta carpeta.

A veces me pregunto: "¿Qué pensaría un psicoanalista de la manía de archivar"...

... "¿Cuál es mi caso? ¿Soy un hombre de acción metido en un zapato chino? ¿Soy un neurótico obsesivo y pretendo significar que los conocimientos universales están bajo mi dominio? ¿Qué significan, freudianamente, las fichas que manejo? ¿Es mi caso el de una venganza contra los que me juzgaron indolente? ¿Soy un caso típico de aritmomaníaco, según la interpretación freudiana? ¿Archivar sin cesar, es, acaso, un sueño de carácter obsesivo? ¿Es una degradación de la costumbre de saquear y atesorar, de antepasados corsarios? ¿Es una forma derivada y enmascarada de avaricia? No sé lo que es, pero debe provenir, sin duda, de algo espantoso. ¿Será posible vivir cuando sepamos de qué proviene ser activo, ser bueno, ser flojo, ser cogotero, ser escritor, ser soldado, ser librero, ser banquero, ser religioso, ser boticario, ser cazador o novelista?"

El caso es que vivo en mi archivo. Gasto en él dos o tres horas cada día. Mi archivo vale más que mis escritos. Es mi obra maestra. Es modesto, sin presencia, decente.

Recorto, pego, pongo fecha y meto en el casillero. No dejo de incluir la crónica de ciertas personas que me aluden para molestarme. Si escriben bien y tienen un valor humano, los encasillo. En el archivo no se conoce la conspiración del silencio. "La vida es humo, polvo, viento y nada". Todo libro, por tonto que parezca, tiene alguna página interesante. Yo hago como M. de Falconet: les saco las páginas interesantes para el archivo, y el resto va a la basura.

¿Cómo empecé mi archivo? Acaso por previsión. Acaso vanidad. Todo es vanidad. Mi archivo empieza con A. El mundo empezó con Adán, según dicen. Leo en mi archivo, letra A: "Adán o Adam. Lo pintan desnudo, con ombligo. Según Méndez Calzada, no pudo tener ombligo". Está en mi archivo.

LITERATURA. ESCRIBIR

El defecto más grave de nuestra literatura consiste en que no han escrito aún los mineros, los doctores, los políticos de combate, los rotos de la masa popular, la gente trágica. Falta en nuestra naciente literatura la emoción profunda del salitre, de la pugna con los invasores, de la penetración de Magallanes y aun de la vida ciudadana. Ni siquiera el deporte, con todo lo que subyuga al gran público, encontró el novelador espontáneo. Creo que la novela no es un oficio ni una ciencia, sino la confesión patética de cosas vistas y soñadas en forma exaltada por la invención. Ya lo dijo Unamuno: "Si la vida es sueño, los sueños también son vida". En el novelista la vida es bastidor o telar donde se tejen los sueños. Dumas declaró que la historia es el clavo para colgar el cuadro.

Ningún deseo tengo de volver a vivir, con el yo, se entiende. Pero si eso ocurriera y encadenado a escribir estuviera siempre, me enmendaría en el sentido de no dejar pasar las ocasiones de conocer la entraña del mundo; de vivir intensamente. Un temor absurdo y el deseo de comodidad me impidieron gozar de las mayores oportunidades para hacer obra interesante. A los jóvenes escritores les diría: "¡Ante todo viajar y estremecerse!" Solamente así la literatura procurará esa emoción en el lector que actualmente los jóvenes escritores pretenden desatar por medio de extravagancias de forma.

LOS JÓVENES

Los jóvenes modernos me parecen fisiológicamente pobres, como las niñas de ahora no podrían competir en hermosura con las clásicas bellezas de corpórea exuberancia que encantaron a nuestra niñez. El joven moderno, dotado de pretensiones intelectuales, es pedante, escéptico, retorcido y cree sumar sus cualidades en el desprecio hacia los antiguos valores. Las dos o tres promesas que se vislumbran carecen de tenacidad y de fuerza física.

La falta de respeto es la característica de los simuladores de inteligencia; ello engendra anarquía. Muchachos sin tradiciones que leen de todo y son incapaces de filtrar y se intoxican. Se instruyen inadecuadamente, carecen de experiencia vital y se convierten en pequeños anarquistas cobardes. No he conocido nada tan antipático como un estudiante moderno. En cambio les recordaría a Armando Donoso haciendo la cimarra para ver de cerca a Eusebio Lillo. ¡Esos eran tiempos de fe! ¡Sabíamos honrar a nuestros valores!

SUS OBRAS

El inútil tuvo un éxito grande, y yo me pregunto a veces si es una novela que valga la pena. Ya he dicho que mis obras carecen de clave; la vida inventada es por lo demás tan chilena que los personajes de sueño toman contornos reales. Su éxito no dependió de que le encontraran parecidos vivos, y la prueba de ello consiste en la cantidad de lectores santiaguinos que tuvo. Los niños la leían a hurtadillas en los colegios; las muchachas, también. Mi nombre andaba de boca en boca, y mi retrato de la tercera edición era colgado encima de algunos catres.

El inútil fue el primer paso para crearme útil. Cuando supe que era capaz de entretener al público sentí una alegría lujuriosa. ¡Entretener, divertir! No puede darse una misión mejor sobre el triste mundo. Cierta vez una viejita enferma a quien fui a visitar sacó del fondo de su "caja" una serie de crónicas mías de *La Nación*, que recortó y guardó. Me sentí el hombre más feliz del mundo.

El roto es una obra de observación y de compasión humanas. La médula está en Clorinda, en los hijos de Clorinda y en el llamado Fernando, que en realidad se llamaba Manuel Jesús, un pateperro de la horda. Este hom-

bre, cuando creyó haberse regenerado y estaba a punto de establecerse honestamente, fue eliminado por el gran señor que se servía de él y cuyos secretos escandalosos conocía. El prostíbulo es el telón de fondo, el background, entretenimiento profundamente nacional de esos tiempos. Es vida todo eso. "Cuajaron de sangre chilena" lo llamó la más grande: Gabriela Mistral. No está bien escrito *El roto*, sino muy mal, y por lo mismo no figura, ni me importa un bledo que no figure, al lado de las famosas novelas sudamericanas.

El roto es para mí una enfermedad mental y me será muy desagradable leerlo y arreglarlo. Trabajo enorme y purgatorio. ¡Perdóname, Señor, y que nunca lean eso los inocentes!

Diálogo con Mariano Latorre sobre *La Chica del Crillón*:

Latorre: ¿Así nació *La Chica del Crillón*?

Edwards: Así. En dos días hice la primera parte. Abandoné el manuscrito durante algunos meses. Lo tomé nuevamente y lo continué. Por eso hay dos estilos. Lo terminé después de haberlo entregado al fantástico Laureano Rodrigo, genio demoníaco, un hombre napoleónico. La mediocridad mordida por el odio al escritor declaró que el libro era infantil. "¡Así puede escribir hasta un chico del colegio! ¡Qué estilo más ramplón!", exclamaban los resentidos. Olvidaban esos resentidos que *La chica del Crillón* les parecía vulgar, infantil y fácil, precisamente porque hablaba y se movía en hogares iguales a los de ellos, en el lenguaje de ellos y de todos los días. Eso había sido lo que me propuse. Hacer una tontería.

Latorre: No es una tontería. Hay emoción a ratos y algo más. Cien años después lo leerán. Es una historia viva, un memorial burlesco de la sociedad de Santiago. La niña es "quiero y no puedo". Siutiquería. ¡Déjales que ladren! El lector vulgar e ignorante, cuando lee algo en estilo sencillo y fácil, en vez de agradecer al autor, le mira en menos y exclama: "¡Chist! ¡Hasta yo lo hago mejor!". Pero el caso es que no pueden hacerlo.

ORTEGA Y GASSET

Ortega... era un puzzle para muchos. Es preciso haber vivido en Madrid para entender el origen de esta gracia o elegancia que tenía su palabra, su persona y, de manera exteriorizada, sus escritos. Se me figura que escribía en una gran plaza de toros. Ciertos párrafos, ciertas ideas, eran tremendas y revolanderas verónicas. Sus desplantes, sus pases de muerte arrojada de tirarse al toro levantaban ovaciones como truenos. No puedo leer a este inmenso escritor sin escuchar piropos profundos y olés y olés y orejas y vueltas al ruedo. Fue un Vicente Pastor de las letras. Era castizo, con andares y con tipo de emperador romano. Esa gracia está en las calles de Madrid como el aire que se respira. Es gracia torera de los barrios con quince siglos de sal morisca, hebrea, latina y griega... En cierto aspecto Chile deslumbró a Ortega. Santiago era la Ciudad Jardín. Lo mejor fue para él la criolla, mujer de intuición. Sentimientos primordiales. Pasó por su corto trayecto chileno obsesionado por la idea de la niña chilena.

BAROJA

Creo que a don Pío Baroja le agradan pocas cosas. Nos pegó duro. A veces le agradecemos estos palos. En Valparaíso hay una calle Pío Baroja.

...Baroja influyó en todos nosotros. Lo que Fombona llamó "estilo pedestre" de Baroja es un elogio. Un libro, un estilo muy elevado cansa o no se entiende. Baroja escribe noticias, crónicas a *fait divers* a veces emocionantes. El escritor norteamericano Hemingway, después de obtener el Premio Nobel, visitó en su lecho de muerte a Baroja, padre de su estilo. Se lo dijo ¡Qué decente es un hombre que se porta como Hemingway! Inconscientemente se es discípulo de Baroja.

PARÍS

Existe una masonería formada por los que vivieron en París. Más fuertemente se nota en los de 1910 hasta 1914. Van quedando pocos. Cuando se ponen a conversar sus ojos brillan. A veces no anduvieron en los mismos lugares de París, ni se encontraron. Hay muchas ciudades en París. Lo que une es el aire. En todas partes se respira el mismo, el que Alejandro Sawa llamó "respiqueta parisiense", un aire excitante y agradable, más sensible entre abril y julio. Un aire de Fragonard, con perfumes cruzados, a veces tan modernos como rachas de gasolina. Pero es París. Es un misterio y con ello está todo dicho. Siempre hay una canción en el aire. Las canciones no dicen lo mismo a todos. Son tiempos o momentos.

SU PADRE

Tuve siempre a mi padre por hombre de muchos años y de gran experiencia. Había nacido en La Serena, en 1844, y falleció en París el año 1905, de sesenta y un años. Está enterrado en Boulogne-sur-Seine. A veces me traslado en pensamiento al pequeño cementerio que ha debido temblar bajo la metralla de dos guerras. Yo tengo ahora más años que mi padre, y le miro como si fuera un niño.

La noche de Pascua pensé que mi padre había vuelto al mundo y que yo le mostraba este Santiago, con más de un millón de almas. El lo conoció con doscientas cincuenta mil. Mi padre no podía creer. A nuestro lado pasaban personas extrañas, mascullando frases en alemán, en italiano, en sirio y en idiomas desconocidos. Después lo llevé al cine San Antonio. ¡Buena la hice! Ponían *Esclavas del amor*. Se trata de un prostíbulo vivo. Yo los vi así en las calles Blondell y la Charbonnière, en París. Un prostíbulo vivo en un teatro, con damas y señoritas, con novios y novias. Mi padre no podía creer. ¡Pobre papá! Estas líneas harán crujir sus huesos, allá en el helado Boulogne-sur-Seine. Ahora él es un niño y yo un viejo.